

QUERIDO Javi: Cuando seas un poco mayor y te entretengas un rato leyendo esta carta, no pierdas un segundo preguntando quién era el que la escribió. El tiempo pasa muy rápido y nos lleva por delante a todos, excepto a quienes, como tu padre, la memoria colectiva hace justicia. De él te quiero hablar, por lo que valga mi testimonio como compañero suyo, con la emoción contenida y el afecto a flor de piel.

Oí de él por primera vez cuando los donostiarres le eligieron concejal en 1983. Por entonces yo llevaba cuatro años de único concejal de Alianza Popular en Gijón, intentando desde aquel Ayuntamiento defender nuestras ideas y hacer partido en una ciudad que presumía de ser abrumadoramente de izquierdas, tarea y sacrificio insignificantes comparados con los que tu padre tuvo la valentía de echar sobre sus hombros en San Sebastián.

Por eso, desde aquel instante le rendí una admiración que se desbordaba cuanto más y mejor le conocía, hasta que desembocó en la devoción que hoy, y para siempre, apenas unas horas después de despedirle, marca mi recuerdo.

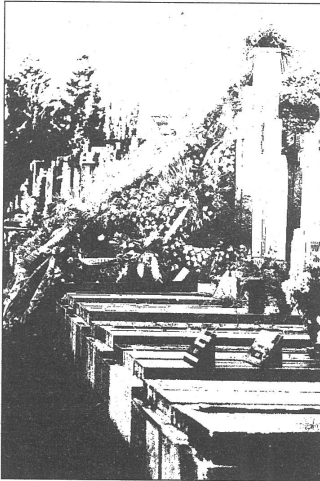
Por hacerte un retrato rápido, tu padre era en la política lo que en el fútbol llamamos un goleador nato, alguien que encaraba siempre la portería rival con una valentía y facilidad asombrosas. A mí me recordaba a Solabarrieta, un vasco afincado deportivamente en Gijón, que fue varios años *pichichi* en la Segunda División donde entonces eran rivales tu equipo, la Real, y el mío, el Sporting, y símbolo de la furia española, que hizo mundialmente famosos a los jugadores de tu tierra. Curiosamente, me parece que tu padre, de chaval, jugaba de defensa; y de aquel equipo de la Real bicampeón de España, por encima de las figuras míticas de Arconada, Sarrástegui o López Ufarte, él admiraba sobre todo su columna vertebral, la línea media de Diego, Alonso y Zamora.

Sin embargo, en política, ya te digo, eligió el puesto de delantero centro, en el eje del ataque, primero con el equipo de Nuevas Generaciones de Alianza Popular, después

A Javi Ordóñez Iríbar



FRANCISCO ALVAREZ CASCOS
Secretario general del Partido Popular



en el Ayuntamiento de San Sebastián y, posteriormente, también en el Parlamento Vasco.

No sólo él, pero sobre todo él, como todas las grandes figuras, le dio vitola de ganador al PP y lo hizo bicampeón en San Sebastián, el feudo más difícil y arriesgado de todas las capitales españolas.

El derrochó heroísmo para defender incansablemente el derecho de todo vasco a

ser libre para amar a España. El prodigio valor a prueba de bomba para defender la democracia de todos frente al fanatismo de unos pocos. El dignificó la política con el ejemplo de su ilusión y de su honestidad. El asumió el compromiso insobornable con su conciencia e hizo de su verdad, de nuestra verdad, el primer punto del programa al que los donostiarres dieron la confianza mayoritaria en las dos últimas elecciones.

Estas cualidades, querido Javi, no se adquieren en la escuela, ni siquiera en la universidad. Estas cosas se aprenden en la familia, como tengo para mí que él las mamó de tus abuelos, al igual que ellos las habían heredado de la estirpe vasca de los Ordóñez y la valenciana de los Fenollar, y del mismo modo que tú las recibes ahora, enriquecidas con la casta de los Iríbar.

Este es el legado que, por encima de cualquier otro patrimonio, debes de cuidar y acrecentar para honrar la memoria de tu padre. Cuando pienses en él y le des vida a su retrato, imagínate a un hombre extraordinariamente sencillo y campechano, al que jamás la popularidad o el éxito apartaron de la senda ejemplar de la humildad, porque a él siempre le importó más *ser* que *parecer*. De aquí la autenticidad de su carisma.

La chaqueta desabotonada y las manos en los bolsillos completaban su apariencia distraída, detrás de la que se escondían una imaginación creadora, un entusiasmo febril y un pulso muy firme, al servicio de su in-

nata vocación política. Su instinto periodístico era el catalizador de una tan atípica como increíble capacidad de comunicación y de sintonía con la gente. A tu padre le bastaban media docena de palabras claras para meterse a la gente en el bolsillo, a diferencia de otros políticos al uso. Básicamente por todo esto, los donostiarres creían en él y le convirtieron en su líder. Como Martín Luther King *I have a dream*, él también acariciaba un sueño en el que creía. El sueño de que un día el pueblo vasco sería capaz de tallar una roca de esperanza en la montaña de la desesperación.

Una vez más, la ciega intransigencia de unos cobardes quiso frustrar ese sueño, silenciando al soñador. Y el silencio, envolviendo la semilla sembrada por tu padre, aceleró el nacimiento de la nueva conciencia social y popular que, fertilizada en San Sebastián, prendió pronto y dio fruto en toda España.

Cada vez que apartes la vista de su retrato, y antes de enfrentarte a solas con su recuerdo, levanta tus ojos de limpia mirada por encima de las montañas que él tanto amó.

Ten por seguro que él está más allá, en la gloria que nunca imaginó, en el paraíso de la paz y de la libertad que supo ganarse como hombre bueno, muy pendiente de tus movimientos y de tus sentimientos. Y pensará en ti porque te sigue queriendo, te sigue protegiendo y, sobre todo, te sigue necesitando. A cada instante buscará tu mirada, antes de evocar los versos de Miguel Hernández, el malogrado poeta que supo immortalizar como nadie el amor universal de todos los padres, para susurrarte palabras de felicidad:

«Tu risa me hace libre,
me pone alas.

Soledades me quita
cárcel me arranca.

Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea».

No le defraudes nunca. Escóndele esas lágrimas que intentan nublarle la vista. Y sonríe al devolverle el beso.

Te abraza.